

# Los Vagabundos



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2012

Edita: Reino de Cordelia  
www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.  
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B  
28016 Madrid



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

© De la traducción, Sara Gutiérrez, 2012

© Del prólogo, Eva Orúe, 2012

Cubierta de Ilia Repin, detalle de *Los sirgadores del Volga* (1870-1873)

ISBN: 978-84-939798-2-9

Depósito legal: M- 4784 / 2012

*Diseño:* Jesús Egado

*Maquetación:* Chema Izquierdo

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Los Vagabundos

Maksím Gorki

*Traducción de Sara Gutiérrez*

*Prólogo de Eva Orúe*



# Índice

<i>Rusia como estado de ánimo por Eva Orúe</i>	9
Una vez en otoño	15
Konovalov	29
Camaradas	113
Boles	139
El timador	149
Kirilka	209

# Rusia como estado de ánimo

por Eva Orúe

DÉJENME QUE, CORRIENDO ALGÚN RIESGO, les pida que se adentren en este libro dejando a un lado prejuicios e ideas heredadas. Que no piensen en Maxím Gorki como el activista que se sumó a la revuelta contra la autocracia de los Romanov, pero tampoco como el intelectual que vivió una relación de amor-odio con Lenin. Que no le evoquen como el dos veces exiliado, al sol de Capri o de Sorrento, por su oposición a la deriva de la revolución bolchevique, ni volviendo a su patria para recibir el homenaje de un régimen criminal al que sirvió de coartada sin dejar por ello de intentar, una y otra vez, salvar la vida, la hacienda y la honra de los que caían en desgracia. Que no echen mano de mapas de la URSS en los que el topónimo de su ciudad, Nizhni Novgorod, fue sustituido por Gorki, ni de las cartas intercambia-

das por el escritor con Stalin o Yagoda, responsable de la policía secreta, que demuestran que no era servil y que había abandonado toda esperanza de una evolución favorable del sistema, lo cual explica que, tras su fallecimiento, el 14 de junio 1936, la duda prendiera: ¿muerte natural o víctima del poder rojo?

Eso les pido, aunque soy consciente de lo difícil que resulta leer a alguien cuya figura es, probablemente, más grande que su obra sin tener en cuenta quién y qué fue, lo que hizo y lo que dejó de hacer...

O, por apurar el grado de precisión, les pido que piensen en ese hombre cuando aún no tiene Maxím Gorki (amargo) como nombre de pluma, aunque amarga es su vida, y amargas sus experiencias. Porque es capital buscar la compañía de *Los vagabundos* sabiendo que la mayor y más meritoria parte de la obra del padre de los escritores soviéticos habla de la Rusia prerrevolucionaria.

Nació Alekséi Maksímovich Peshkov el 28 (16, según el calendario entonces vigente) de marzo de 1868 y con apenas cinco años, huérfano de padre, se vio obligado a instalarse en casa de sus abuelos maternos, responsables de su educación desde que su madre contrajera segundas nupcias. El abuelo tintorero trataba peor que mal al nieto, y a la edad de ocho años lo lanzó al mundo para que se ganara la vida por su cuenta.

El niño vivió aquí y allá, con familiares y extraños, trabajando de casi todo: aprendiz de zapatero, recadero

para un pintor de iconos, lavaplatos en un vapor que surcaba el Volga (y cuyo cocinero le inoculó el virus de la lectura). El adolescente fue panadero, estibador, vigilante nocturno, y de puro desesperado, intentó suicidarse. Y el joven que apenas estrenaba la segunda década de su azarosa vida se convirtió en vagabundo y recorrió a pie el sur inmenso de la inmensa Rusia.

Rebosante de lecturas y experiencias llegó a Tbilisi, en cuya prensa local publicó Makar Chudra (1892), su primera llamada de atención.

Tres años después, ya en San Petersburgo, dio a la imprenta *Chelkash*, una pequeña obra maestra que hizo de él un escritor reconocido.

Los relatos que Sara Gutiérrez (que ha vivido en Ucrania y Rusia y conoce no ya los secretos del idioma, sino los sentimientos que lo animan) ha traducido para *Los vagabundos* están fechados entre 1895 y 1899. Son el trabajo de un Gorki en estado de gracia, empapado de su país y sus paisanos. En ellos, modela su literatura con el



Gorki junto a Stalin en una imagen de 1931.

material recogido durante los años errantes, siembra sus paisajes de figuras que se conocen en los pequeños detalles, da voz a las personas con las que ha compartido pan y camino, retrata a quienes le han acogido y alimentado o le han dado con la puerta en las narices. Por aquí desfilan gentes bien y gentes honradas (no es lo mismo, claro), los que se han apartado de la sociedad y los que han sido apartados, ladrones que actúan al amparo de la ley y ladrones por perseguidos en nombre de esa misma ley.

Gorki dibuja como el mejor sociólogo la estampa de un país dolorido y resignado, esboza un programa que aún no es político pero puede serlo: no a la crueldad, no a la servidumbre, sí al trabajo honrado y bien remunerado, sí también a la fortaleza que exhiben quienes parecen más cobardes, aquellos que han abandonado su puesto en la sociedad y recorren el mundo. La libertad para quien la trabaja, y para quien la pasea.

Esta primera etapa creativa se cierra con *Dvadtsat shest i odna (Veintiséis hombres y una mujer)*, publicada en 1899, año del que también data su primera novela, *Foma Gordayev*, e hizo abrigar a muchos de sus compatriotas la esperanza de que Gorki llegaría a ser un nuevo Chéjov, un nuevo Tolstói. La historia de la literatura dice que a pesar de obras tan populares como *Mat (La madre, 1906)*, no lo logró.

Échenle la culpa al talento, enorme pero no suficiente para alcanzar la talla de esos dos gigantes. O a las cir-



cunstancias vitales: la de Gorki no fue una existencia tranquila, propicia para la creación... Claro que, sin su vida tal y como fue, ni se explican estos vagabundos que el lector está a punto de conocer, ni esa autobiografía en tres volúmenes (*Infancia*, *En el mundo* y *Mis universidades*) que, para muchos, es su obra maestra.

Prepárense, pues, para un viaje. Lean con las botas puestas, y con el abrigo a mano, porque en la Rusia de Gorki hace mucho frío. Si algún personaje se lo ofrece, acepte un té, un vodka, un sitio al precario abrigo de una barca volcada o al calor de una hoguera. Déjense llevar de la mano del escritor amargo, compasivo, ruso hasta el tuétano, por ese país físico que es casi un estado de ánimo.

**EVA ORÚE**

# Una vez en otoño\*

...UNA VEZ, EN OTOÑO, me vi en una desagradable e incómoda situación: en la ciudad a la que acababa de llegar, y donde no tenía ni un conocido, me encontré sin un céntimo en el bolsillo y sin alojamiento.

Después de haber vendido durante los primeros días todas las prendas de vestir de las que se puede prescindir, me fui de la ciudad, a una localidad denominada Uste<sup>1</sup>, donde había embarcaderos de barcos de vapor y que en temporada de navegación era un animado hervidero de trabajo. Pero por aquel entonces estaba vacía y tranquila. El hecho tuvo lugar a finales de octubre.

---

\* Se publicó por primera vez, con el subtítulo *Relato de una persona experimentada*, en *Samarskoi gazete (La revista de Samara)*, los días 20 y 22 de julio de 1895. En 1899, fue incluido en el tercer tomo *De los ensayos y relatos*. El subtítulo se mantuvo hasta la edición de 1903.

<sup>1</sup> Desembocadura, estuario. (Todas las notas son de la traductora).

Chapoteando con los pies por la arena húmeda, y escudriñándola con el deseo de descubrir en ella restos de sustancias alimenticias del tipo que fuera, vagaba solo entre las casas vacías y los puestos, y pensaba en lo bueno que sería estar saciado...

En la cultura actual, es más fácil satisfacer el hambre del alma que el hambre del cuerpo. Póngase a vagar por las calles, le rodearán edificios de apariencia bastante buena y sin duda bastante bien amueblados en el interior. Esto puede despertar en usted pensamientos agradables sobre la arquitectura, sobre la higiene y sobre muchísimas más cosas sabias y sublimes. Se encontrará usted con gentes vestidas de manera conveniente y abrigada, afables, que siempre se apartarán de usted delicadamente sin querer percatarse del triste hecho de su existencia. Ay, Dios, el alma del hambriento siempre se alimenta mejor y más saludablemente que el alma del saciado, he ahí la cuestión, ¿de la cual se puede sacar una inteligente deducción sobre la utilidad de los saciados!

...Caía la tarde, llovía, y el viento del norte soplaba impetuosamente. Silbaba entre las artesas y los puestos vacíos, golpeaba en las ventanas cerradas con tablas de los hoteles, y las olas del río como consecuencia de sus golpes hacían espuma, chapoteaban ruidosamente en la arena de la orilla, elevando altas sus blancas crestas, se deslizaban una tras otra en la nebulosa lejanía, saltando impetuosamente una a través de otra... Parecía que el

río sintiera la proximidad del invierno y muerto de miedo corriera a algún lugar lejos de las cadenas de hielo que podría echar sobre él esta misma noche el viento del norte. Del cielo pesado y lúgubre caían sin cesar gotas de lluvia apenas perceptibles para el ojo, la triste elegía de la naturaleza a mi alrededor era subrayada por dos sauces blancos quebrados y deformes y, cerca de sus raíces, una barca volcada boca abajo.

Una canoa volteada con el fondo roto y árboles despojados por el frío viento, tristes y viejos... Todo en derredor estaba destruido, inutilizado y muerto, y el cielo vertía lágrimas inagotables. Soledad y oscuridad me rodeaban, parecía que todo se estaba muriendo, que pronto sería el único superviviente, si bien a mí también me esperaba la fría muerte.

Yo entonces tenía diecisiete años, ¡buenos tiempos!

Caminaba y caminaba por la fría y húmeda arena, arrancando con los dientes gorjeos en honor del frío y el hambre, y de pronto, en las búsquedas vanas de algo comestible, al pasar detrás de un puesto, vi acurrucada sobre la tierra una figura con ropas de mujer, empapada por la lluvia, y fuertemente apoyada sobre los hombros inclinados. Parado a su lado, observé qué hacía. Al parecer, estaba cavando un pozo en la arena con las manos, minando el terreno de uno de los puestos.

—¿Para qué haces eso? —le pregunté, acuclillándome cerca de ella.

Lanzó una exclamación queda y se incorporó a toda prisa. Cuando ya estaba de pie y me miraba con sus ojos grises bien abiertos, muerta de miedo, vi que era una muchacha de mi edad, con un rostro muy atractivo, por desgracia adornado con tres grandes cardenales. Eso lo estropeaba, a pesar de que los cardenales estaban dispuestos con una excelente simetría: dos del mismo tamaño, uno bajo cada ojo, y otro mayor en la frente, exactamente en el caballete de la nariz. Esta simetría delataba el trabajo de un artista, próximo a la perfección en el arte de estropear las fisonomías humanas.

La muchacha me miraba, y el miedo poco a poco se iba apagando de sus ojos... Sacudió las manos para quitarse la arena, arregló el pañuelo de percal de la cabeza, se encogió y dijo:

—¿Tú también quieres comer? Pues cava, yo tengo las manos cansadas. Ahí —señaló con la cabeza el puesto— seguramente hay pan... Este puesto todavía vende...

Me puse a cavar. Ella, tras esperar un poco y mirarme, se sentó cerca y comenzó a ayudarme...

Trabajamos en silencio. Ahora no puedo decir si en ese momento me acordé o no del código penal, la moral, la propiedad y demás cosas sobre las que, en opinión de los expertos, hay que acordarse en todos los instantes de la vida. Ya que deseo mantenerme lo más cerca posible de la verdad, debo confesar que al parecer estaba tan

concentrado en el asunto de cavar bajo el puesto que me olvidé de todo lo demás, excepto de lo que podría aparecer en este puesto...

Anocheció. La oscuridad, húmeda, penetrante y fría, era cada vez más espesa a nuestro alrededor. Las olas hacían un ruido en apariencia más sordo que antes, y la lluvia repiqueteaba sobre las tablas del puesto cada vez con más intensidad... En alguna parte sonó la carraca de un vigilante nocturno.

—¿Tiene suelo o no? —me preguntó en voz baja mi ayudante.

No entendí a qué se refería y no dije nada.

—Te digo que si el puesto tiene suelo o no. Porque si tiene, entonces nos estamos deslomando para nada. Acabaremos de cavar el pozo y después tal vez nos encontremos con tablones... ¿Cómo los arrancarás? Es mejor romper el candado, el candado este es malillo...

Las buenas ideas rara vez visitan las cabezas de las mujeres; pero como veis, a pesar de todo, las visitan... Siempre he sabido apreciar las buenas ideas y siempre he procurado servirme de ellas en la medida de lo posible.

Una vez encontrado el candado, tiré de él y lo arranqué junto con las argollas... Mi cómplice al instante se encorvó y como una culebra serpenteó por el agujero cuadrangular que se había abierto en el puesto. Desde allí se oyó su exclamación aprobatoria:

—¡Bravo!

Una insignificante alabanza de una mujer tenía para mí más valor que todo un ditirambo por parte de un hombre, aunque ese hombre fuera tan elocuente como si cogiéramos a todos los antiguos oradores juntos. Pero entonces yo tenía una predisposición menos amable que ahora, y sin prestar atención al piropo de la mujer, le pregunté brevemente y con miedo:

—¿Hay algo?

Se puso a enumerarme monótonamente sus descubrimientos:

—Una cesta con botellas... Sacos vacíos... Un paraguas... Un cubo de hierro.

Todo eso era incomedible. Tenía la impresión de que mi esperanza se apagaba. Pero de pronto gritó animadamente.

—¡Ajá! ¡Aquí está!

—¿El qué?

—Pan... Una hogaza... Solo que mojada... ¡Toma!

A mis pies cayó rodando la hogaza, y detrás ella, mi valiente cómplice. Yo ya había cortado un trozo, lo había metido en la boca y masticaba...

—Ea, dame... Hay que irse de aquí. ¿Adónde podemos ir? —Miraba con curiosidad a la niebla por los cuatro costados... Estaba oscuro, mojado, ruidoso...—. Allí hay una barca volcada, hala, ¿vamos?

—¡Vamos!

Y nos fuimos, troceando por el camino nuestro botín y llenando con él las bocas... La lluvia arreciaba, el río bramaba, desde alguna parte se hacía oír un silbo arrastrado y burlón, exactamente como si alguien grande que no teme a nadie abucheara al orden terrenal, y a esta detestable tarde de invierno, y a nosotros, sus dos héroes... Este silbo daba dolor de corazón, y así y todo, comí con avidez, pero en eso la muchacha, que iba a mi izquierda, no se quedaba atrás.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté por preguntar algo.

—¡Natasha! —respondió, comiendo ruidosamente.

La miré, se me encogió el corazón, miré a la niebla delante de mí, y me pareció que la jeta irónica de mi destino se reía de mí misteriosa y fríamente.

SOBRE LA MADERA DE LA BARCA golpeaba inquieta la lluvia, su ruido suave provocaba tristes pensamientos, y silbaba el viento, que entraba volando por el fondo, por la grieta, donde golpeaba una cadenita, golpeaba y chiriaba con un sonido inquieto y lastimero. Las olas del río chapoteaban sobre la orilla, sonaban de manera tan monótona y desesperada como si hablaran acerca de algo tan insoportablemente aburrido y pesado que les importunaba hasta la repugnancia, algo de lo que querían huir y de lo que de cualquier modo tenían que hablar. El ruido de la lluvia se fundía con su chapoteo,



y sobre la barca volcada flotaba el suspiro lento y pesado de la tierra, ofendida y fatigada por estos eternos cambios del claro y templado estío al frío, nebuloso y húmedo otoño. El viento volaba sobre la orilla desierta y el río cubierto de espuma, volaba y cantaba melancólicas canciones...

El sitio debajo de la barca carecía de confort: era estrecho y húmedo; por el fondo perforado caían finas y frías gotas de lluvia, irrumpían bocanadas de viento... Estábamos sentados en silencio y tiritábamos de frío. Tenía sueño, recuerdo que Natasha arrimó la espalda al borde de la barca, encogiéndose en una pequeña bola. Abrazando las rodillas con las manos y apoyando sobre ellas la barbilla, miraba fijamente al río, abriendo ampliamente sus ojos, que en el espacio blanco de su cara parecían enormes por los cardenales que tenía bajo ellos. No se movía, y yo sentía que esa inmovilidad y ese silencio poco a poco hacían nacer en mí miedo a mi vecina. Quería trabar conversación con ella, pero no sabía cómo empezar.

Fue ella quien comenzó a hablar.

—¡Qué asco de vida! —pronunció con claridad, recalcando las sílabas, con un tono de profunda convicción.

Pero no era una queja. En esas palabras había demasiada indiferencia como para que fueran una queja. Simplemente, había reflexionado, a su modo había reflexionado y había llegado a la citada conclusión que expresó en voz alta y contra la que yo no podía objetar nada sin con-

tradecirme. Por eso guardé silencio. Y ella, como si no se percatara de mi presencia, continuó sentada inmóvil.

—Vale más reventar, o que... —dijo de nuevo Natasha, esta vez en voz baja y pensativa. Y de nuevo en sus palabras no sonaba ni una nota de queja. Era evidente que al pensar en la vida, miraba hacia su interior, y con sosiego había llegado al convencimiento de que para protegerse de las burlas de la vida no estaba en condiciones de hacer otra cosa que no fuera exactamente “reventar”.

Semejante claridad de pensamiento me revolvió el estómago de manera inexplicable, sentía que si seguía callado seguramente me echaría a llorar... Y esto sería vergonzoso delante de una mujer, máxime si ella no lloraba. Decidí entablar conversación.

—¿Quién te pegó? —pregunté, sin que se me ocurriera nada inteligente.

—Todo ha sido Pashka... —respondió con claridad en voz alta.

—¿Y quién es?

—Mi amante... un panadero...

—¿Te pega a menudo?

—En cuanto se emborracha, pega...

Y de pronto, acercándose a mí, comenzó a hablar de sí misma, de Pashka y de la relación que había entre ellos. Ella, “una chica alegre de las que...”; y él, un panadero de rojos bigotes que toca muy bien la armónica. Iba a visitarla, al “establecimiento”, y a ella le gustaba mucho

porque era alegre y llevaba la ropa limpia. Abrigo plisado en el talle de quince rublos y botas a juego... Por eso se enamoró de él, y él se convirtió en su “fiduciario”. Pero en cuanto se convirtió en su “fiduciario”, se dedicó a quitarle el dinero que otras visitas le daban para bombones, y al emborracharse con ese dinero comenzó a pegarle, lo cual no tendría importancia si no fuera porque comenzó a “liarse” con otras chicas delante de sus narices...

—¿O no es esto ofensivo para mí? Yo no soy peor que las demás... Lo cual significa que se burla de mí, el canalla. Anteayer pedí permiso al ama para descansar, fui adonde él, y allí estaba Dunka, borracha. Y él también estaba alegre. Le dije: “¡Sírvete, canalla! ¡So granuja!”. Me dio una paliza. Me dio puntapiés, me tiró del pelo, me hizo de todo... ¡Y eso habría sido lo de menos si no me lo hubiera roto todo! ¿Ahora qué? ¿Cómo me presento yo ante el ama? Me lo ha roto todo: el vestido y la blusa, que aún estaba completamente nueva; el pañuelo me lo ha quitado de la cabeza de un tirón... ¡Dios! ¿Qué debo hacer ahora? —Y de pronto se puso a dar alaridos con voz triste y destrozada.

Y el viento golpeaba, volviéndose cada vez más fuerte y frío. Mis dientes de nuevo se pusieron a bailar. Y ella también se acurrucó por el frío, acercándose tanto a mí que yo ya veía a través de la niebla el brillo de sus ojos.

—¡Qué miserables sois los hombres! Os pisotearía a todos, os mutilaría. Y si muriera uno de vosotros... ¡le

escupiría en la cara, y no me daría pena! ¡Jetas infames! Gimoteáis, gimoteáis, meneáis la cola como perros detestables, se somete a vosotras una tonta, ¡y se acabó! Entonces la pisoteáis... Sucios charlatanes...

Injuriaba de formas muy variadas, pero en sus injurias no había fuerza: ni cólera, ni odio al “sucio charlatán” escuché en ellas. En general, el tono de su discurso era inadecuadamente sosegado para el contenido, y la voz tristemente pobre en matices.

Pero todo esto me afectó con más fuerza que los libros y los discursos más elocuentes y convincentemente pesimistas, de los cuales escuché no pocos antes y después, y hasta la fecha escucho y leo. Y es que la agonía del moribundo siempre es más natural y más fuerte que las descripciones más exactas y artísticas de la muerte.

Me encontraba mal, posiblemente más por el frío que por el discurso de mi vecina de alojamiento. Me quejé suavemente y comenzaron a castañetearme los dientes.

Y, prácticamente en ese momento, sentí sobre mí dos manitas frías, una de las cuales tocaba mi cuello, la otra reposaba sobre mi cara, y al mismo tiempo sonó una pregunta inquieta, silenciosa, cariñosa:

—¿Qué te pasa?

Podía esperar esta pregunta de cualquier otro menos de Natasha, quien acababa de sentenciar que todos los hombres son unos canallas, deseosa de que todos murie-

ran. Pero ella ya había empezado a hablar rápida y atropelladamente.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes frío? ¿Te estás quedando helado? ¡Cómo eres! Estás sentado y callado... ¡como un mochuelo! Tendrías que haberme dicho hace rato que tenías frío... Bueno... Túmbate en la tierra... extiéndete... y yo también me tumbaré... ¡así! Ahora abrázame... más fuerte... Bien, ahora deberías entrar en calor... Y después nos acostaremos espalda contra espalda... De una manera u otra pasaremos la noche... ¿Qué te ha pasado? ¿Bebiste o qué? ¿Te echaron de tu casa? ¡No importa!

Me consolaba ella a mí... Me daba aliento...

¡Tres veces sea yo maldito! ¡Cuánta ironía había para mí en este hecho! ¡Imagínese! Dado que en aquellos tiempos estaba seriamente preocupado por el destino de la humanidad, soñaba con la reorganización del orden social, con revueltas políticas, leía diferentes libros endiabladamente sabios, cuya profundidad de pensamiento seguramente era inaccesible incluso para sus autores; yo por aquel tiempo procuraba por todos los medios hacer de mí “una gran fuerza activa”. Y ahora me calentaba el cuerpo una prostituta, infeliz, golpeada, una criatura acorralada sin lugar en la vida ni valor, y a la que yo no barrunté tener que ayudar antes de que ella me ayudara, porque si lo hubiera barruntado habría sabido ayudarla de alguna manera.

Vaya, hubiera dicho que todo esto me ocurría en sueños, en un sueño absurdo, en un sueño pesado...

Pero, ¡ay!, no podía pensar eso pues sobre mí caían frías gotas de lluvia, contra mi pecho apretaba el pecho una mujer, me soplaba en la cara su templado aliento, con un ligero aroma a vodka... pero tan vivificante... Aullaba y gemía el viento, golpeaba la lluvia sobre la barca, chapoteaban las olas, y nosotros dos, incluso apretándonos fuerte uno contra otro, temblábamos de frío. Todo aquello era completamente real, y estoy seguro de que nadie ha tenido un sueño tan pesado y lúgubre como esta realidad. Y Natasha seguía hablando, hablaba de una manera tan cariñosa y compasiva como sólo las mujeres pueden hacerlo. Por influencia de sus palabras, ingenuas y cariñosas, en mi interior silenciosamente se encendió cierto fuegucillo y en consecuencia algo se derritió en mi corazón.

Entonces, de mis ojos comenzaron a brotar gruesas lágrimas, que limpiaron mi corazón de tanta cólera, tristeza, tontería y suciedad como se habían acumulado en él antes de aquella noche... Natasha trataba de persuadirme:

—¡Pero, basta, encanto, no llores! ¡Basta! Con la ayuda de Dios te repondrás y volverás a tu sitio... y todo será como antes...

Y para todo esto me besaba mucho, sin echar cuentas, fogosamente...

Aquellos fueron los primeros besos femeninos que me dio la vida y fueron los mejores besos, pues todos los posteriores me han costado muy caros y no me han aportado casi nada.

—¡Venga, no llores buen hombre! Mañana te encontraré algún acomodo si no tienes adónde ir —como a través de un sueño, escuchaba el sordo susurro persuasivo.

...Hasta el amanecer yacimos abrazados uno al otro...

Y cuando amaneció salimos de debajo de la barca y nos fuimos a la ciudad... Después nos despedimos amigablemente y nunca más volvimos a encontrarnos a pesar de que yo durante medio año busqué por todos los tugurios a la encantadora Natasha, con la que pasé la noche descrita, una vez en otoño...

Si ya murió, ¡qué bueno sería eso para ella! ¡Descanse en paz! Y si vive, ¡que la paz ocupe su alma! Que no tenga conciencia de la caída... pues eso sería un sufrimiento excesivo e inútil para la vida...

# Konovalov\*

AL PASAR DISTRAÍDAMENTE LA VISTA por una hoja de periódico, me encontré con el apellido Konovalov e interesado en él leí lo que sigue:

“Ayer por la noche, en la celda número 3 de la prisión local, se colgó del respiradero de la estufa el pancista de la ciudad de Murom Aleksandr Ivánovich Konovalov, de 40 años. El suicida había sido arrestado en Pskov por vagabundeo y había sido enviado bajo escolta a su tierra natal. Según las autoridades carcelarias, era un individuo que siempre estaba tranquilo, callado y pensativo. Debe considerarse, tal y como ha concluido el doctor de la prisión, que la cau-

---

\* Escrito en octubre-noviembre de 1896, fue publicado por primera vez bajo el título *Reportaje* en el periódico *Novoe Slovo* (*La nueva palabra*) en marzo de 1897.



sa que ha inducido a Konovalov al suicidio ha sido la melancolía”.

Leí esta breve nota y pensé que tal vez yo podría conseguir explicar con más claridad la causa que había inducido a este hombre pensativo a huir de la vida, ya que yo lo conocía. Es posible que ni tan siquiera tuviera derecho a no hablar de él: era buena gente, de la que no se encuentra con frecuencia en el camino de la vida.

...Tenía dieciocho años cuando conocí a Konovalov. Por aquel entonces, yo trabajaba en una tahona como ayudante de panadero. El panadero había sido soldado del cuerpo de músicos, bebía vodka de manera exagerada, con frecuencia estropeaba la masa y, cuando estaba borracho, le gustaba silbar y redoblar con los dedos sobre lo primero que pillaba. Cuando el dueño de la panadería le amonestaba por los productos estropeados o los que no estaban preparados a su hora, se enfurecía, regañaba al dueño sin piedad y siempre le hacía notar además su talento musical.

—¡Que se me ha pasado la masa! —gritaba, avanzando su largo bigote pelirrojo, que golpeaba los labios, gruesos y siempre, no sé por qué, húmedos—. ¡La corteza se ha quemado! ¡El pan está crudo! ¡Ay, tú, que el diablo te lleve, arpía bizca! ¡Acaso he venido yo al mundo para hacer este trabajo? ¡Malditos seáis tú y tu traba-

jo, yo soy músico! ¿Entendido? Si el de la viola estaba bebido, yo tocaba la viola; si el oboe estaba arrestado, soplabo yo el oboe; que el cornetín estaba enfermo, ¿quién lo sustituía? ¡Yo! ¡Tim-tar-pam-da-ddi! ¡Y tú eres un a-aldeano, *katsap*!<sup>1</sup> Dame la cuenta.

Y el dueño, un hombre fofo y regordete, con un ojo de cada color y rostro afeminado, agitando la barriga, pataleaba el suelo con sus cortas y gruesas piernas y con voz estridente gritaba:

—¡Destructor! ¡Arruinador! ¡Traidor de Cristo, Judas! —abriendo los pequeños dedos, alzaba las manos al cielo y de pronto fuerte, con una voz que taladraba los tímpanos, proclamaba:— ¿A que te denuncio a la policía por este jaleo?

—¿Al servidor del zar y la patria vas a denunciar a la policía? —bramaba el soldado y se lanzaba sobre el amo a puñetazos. Este se alejaba, escupiendo y resoplando violentamente; era todo cuanto podía hacer, estábamos en verano, época en la que en una ciudad del Volga es difícil encontrar un buen panadero.

Protagonizaban escenas de este tipo prácticamente a diario. El soldado bebía, estropeaba la masa y tocaba marchas y valeses o “números”, como él decía el amo apretaba los dientes, y a mí, como consecuencia de todo esto, me tocaba trabajar por dos.

---

<sup>1</sup> Apodo con el que los ucranianos nacionalistas denominaban a los rusos.

Así es que me alegré enormemente cuando una vez entre el amo y el soldado tuvo lugar esta escena:

—Vamos, soldado —dijo el amo, que apareció por la panadería con el rostro radiante y alegre, y los ojillos con el brillo de una sonrisa zaheridora—. Vamos, soldado, avanza los labios y toca una marcha de marchar.

—¿Y qué más? —dijo sombríamente el soldado, tumbado sobre la artesa con masa y, como de costumbre, medio borracho.

—¡Prepárate para la marcha! —se regocijaba el amo.

—¿Adónde? —preguntó el soldado, sacando de la artesa una pierna y sintiendo cierta hostilidad.

—Adonde quieras...

—¿Eso cómo hay que interpretarlo? —gritó vehementemente el soldado.

—Interpétalo así: que no pienso retenerte más. Coge la liquidación, y ya te estás yendo con viento fresco, ¡en marcha!

Al soldado, acostumbrado a sentir su fuerza y la impotencia del dueño, la declaración de este último le quitó parte de la borrachera: comprendió lo difícil que le iba a resultar encontrar un puesto con lo poco que sabía de ningún oficio.

—¡Venga, estás mintiendo! —dijo alarmado, poniéndose de pie.

—Vete, vete...

—¿Que me vaya?

—¡Lárgate!

—O sea, que me harté de trabajar... —meneó la cabeza amargamente el soldado—. Me chupaste la sangre, me exprimiste y ahora me echas. ¡Qué bien! ¡So vampiro!

—¿Yo vampiro? —montó en cólera el dueño.

—¡Tú! ¡Un vampiro chupasangres, eso es lo que eres! —dijo con convicción el soldado y, tambaleándose, se dirigió hacia la puerta.

El dueño se reía con escarnio mientras el otro se alejaba, y sus ojos brillaban de alegría.

—Vete ahora a pedir trabajo por ahí. ¡Sí, eso es! Yo, preciosidad, de tal modo te he descrito en todas partes que ¡no te cogerán ni aunque te ofrezcas gratis! En ninguna parte te cogerán...

—¿Ha empleado a alguien nuevo? —pregunté yo.

—Nuevo aquí, porque él es viejo. Fue mi amigo. ¡Qué buen panadero! ¡Oro! ¡Pero un borracho también! Sólo que él arrastra una dipsomanía... Llega, se pone a trabajar y a los tres o cuatro meses comienza a romper, ¡como un oso! No conoce el sueño ni el descanso, no discute el precio. ¡Trabaja y canta! Canta de tal manera, amigo mío, que no es posible escucharlo, se te encoge el corazón. ¡Canta, canta y después empieza otra vez a beber!

El amo suspiró e hizo un gesto de desesperanza con la mano.

—Y cuando empieza a beber, no tiene límite. Bebe hasta que cae enfermo o se gasta en borracheras hasta la

ropa... Entonces suele avergonzarse y se pierde por ahí, como un alma en pena. Y bien, hele aquí... ¿Has venido para quedarte, Lesa?

—Para quedarme —respondió desde el umbral una voz profunda, de pecho.

Allí, apoyando el hombro en la jamba de la puerta, estaba un hombre alto, de grandes espaldas, de unos treinta años. Por la ropa, era el típico vagabundo; por el rostro, un eslavo auténtico. Llevaba puesta una camisa de algodón de color rojo vivo, increíblemente sucia y rota, unos zaragüelles de lienzo anchos, en un pie, los restos de una bota de goma, en el otro, un zapato roto de piel. Sobre la cabeza, los cabellos rubios claros estaban revueltos y de ellos salían motas de polvo y briznas de paja, de todo lo cual había también en su rubia barba, que como un abanico le tapaba el pecho. El oblongo, pálido y agotado rostro estaba iluminado por unos grandes ojos azules de mirada dulce. Sus labios eran hermosos pero un poco pálidos y sonreían bajo el bigote rubio. Con la sonrisa parecía querer declararse culpable:

“Así soy... Disculpen”.

—Pasa, Sashok, he aquí a tu ayudante —dijo el dueño, frotándose las manos y mirando cariñosamente la robusta figura del nuevo panadero. Aquel, en silencio, dio un paso al frente y me tendió un largo brazo con una hercúlea mano ancha y nos saludamos, se sentó en el banco, estiró las piernas hacia delante, las miró y le dijo al dueño:

—Tú, Vasili Semiónych, cómprame dos camisas de quita y pon, ah sí, los zapatos rotos... Tela para un gorro.

—¡Lo tendrás todo, no te preocupes! Gorros tengo yo, las camisas y los calzones los tendrás por la tarde. Mientras tanto, trabaja, yo sé bien quién eres. No te ofenderé... A Konovalov nadie le ofenderá porque él no ofende a nadie. ¿Acaso el amo es un animal? Yo mismo he trabajado y sé lo duro que puede llegar a ser. Así que quedaos muchachos, yo me voy...

Nos quedamos solos.

Konovalov seguía sentado en el banco y en silencio se sonreía mirando a su alrededor. La tahona estaba instalada en un sótano con techo abovedado y sus tres ventanas estaban por debajo del nivel de la calle. Había poca luz y poco aire, pero a cambio había mucha humedad, suciedad y polvo de harina. Junto a las paredes había largas artesas: una con masa, otra todavía sólo con levadura, y una tercera vacía. Sobre cada artesa caía desde la ventana un débil rayo de luz. El enorme horno ocupaba casi un tercio de la panadería; cerca de él, sobre el sucio suelo, descansaban sacos de harina. En el horno ardían largos tajos de leña y, reflejada en la pared gris de la tahona, su llama oscilaba y temblaba como si en silencio estuviera relatando algo.

El techo abovedado cubierto de hollín agobiaba con su carga, la mezcla de la luz del día con el fuego del horno daba lugar a una iluminación difusa que fatigaba los ojos. Por las ventanas llegaba el ruido sordo de la calle

y caía polvo. Konovalov examinó todo esto, suspiró y preguntó con voz cansada:

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

Se lo dije. Guardamos silencio, examinándonos uno al otro de reojo.

—¡Vaya cárcel! —suspiró— ¿Vamos a la puerta de la calle y nos sentamos?

Salimos a la puerta y nos sentamos en un banco.

—Aquí se puede respirar. Yo a la sima esta no me acostumbraré de inmediato, no puedo. Juzga tú mismo, vengo del mar... trabajaba en una cuadrilla de pescadores del Caspio... ¡y de sopetón, de golpe, paf, de tal inmensidad a un agujero!

Me miró con una sonrisa triste y se calló, contemplando fijamente a los transeúntes. En sus claros ojos azules brillaba la pena... Atardecía, la calle estaba sofocante, ruidosa, polvorienta, las sombras de las casas caían sobre el camino. Konovalov permanecía sentado, con la espalda apoyada en la pared y los brazos sobre el pecho, hurgando con los dedos entre los pelos sedosos de la barba. Yo miraba de medio lado su rostro oblongo y pensaba: “¿Qué clase de hombre será?”. Pero no me decidía a entablar conversación con él, porque era mi jefe y porque además me inspiraba un extraño respeto.

Tenía la frente surcada por tres delgadas arrugas, pero de vez en cuando se estiraban y desaparecían, y yo tenía

una gran curiosidad por saber en qué estaba pensando aquel individuo...

—Hala, vamos, ya es hora. Tú amasa el segundo y yo mientras tanto preparo el tercero.

Habiendo tendido una montaña de masa y amasado otra, nos sentamos a tomar té; Konovalov metió la mano en el seno y me preguntó:

—¿Sabes leer? Caramba, vamos, lee —y me dio unas hojas de papel arrugadas y con manchas.

¡Querido Sasha! —leí yo—. Te saludo y te beso por correspondencia. Me encuentro mal y la vida me resulta muy tediosa, no puedo esperar a que llegue el día en el que huya contigo o viva contigo; estoy harta de esta maldita vida imposible, aunque al principio me gustara. Tú mismo entiendes esto perfectamente, yo también lo he comprendido en cuanto te he conocido. Escíbeme, por favor, cuanto antes; tengo muchas ganas de recibir carta tuya. Y por ahora, hasta la vista, no adiós, mi amable barbudo amigo del alma. No te escribo ningún tipo de reproche, a pesar de que estoy enfadada contigo, porque tú, cerdo, te fuiste sin despedirte de mí. Pero con todo no vi en ti más que cosas buenas: tú fuiste el único y primero así, y eso no lo olvido. ¿No podríamos tratar, Sasha, lo de mi liberación? Las chicas te dijeron que te dejaría si era liberada; pero todo eso son san-



deces y una pura mentira. Si al menos tú te apiadaras de mí, entonces yo, después de la liberación, permanecería a tu lado, como si fuera tu perro. Para ti es fácil hacerlo, para mí muy difícil. Cuando viniste a verme, lloré por tener que vivir así, aunque no te lo dije. Hasta la vista.

Tuya, Kapitolina.

Konovalov me quitó la carta y pensativo empezó a darle vueltas entre los dedos de una mano, retorciendo con la otra la barba.

—¿Y escribir sabes?

—Puedo...

—¿Y tinta tienes?

—Tengo.

—Escríbele una carta, ¿eh? Ella, seguramente, sin duda, me considera un canalla, piensa que la he olvidado... ¡Escribe!

—Disculpa, ¿quién es?

—Una prostituta... Ya ves que escribe sobre su liberación. Eso significa que si yo prometo a la policía que me casaré con ella, entonces, le devolverán el pasaporte, y le quitarán la cartilla, y desde ese momento será libre. ¿Te das cuenta?

Al cabo de media hora estaba preparada una conmovedora misiva para ella.

—Bueno, lee, ¿qué tal salió? —preguntó con impaciencia Konovalov.

Salió así:

¡Kapa! No pienses de mí que soy un canalla y te he olvidado. No, no te he olvidado, simplemente empecé a beber y lo gasté todo en borracheras. Ahora he vuelto de nuevo a mi puesto de trabajo, mañana pediré un adelanto al patrón, se lo enviaré a Filipp y él te liberará. Tendrás dinero suficiente para el camino. Y por ahora, hasta la vista.

Tuyo, Aleksandr.

—Hum... —dijo Konovalov, rascándose la cabeza—, escribes bastante mal. No hay compasión en tu carta, ni lágrimas. Y además te pedí que me pusieras como un trapo, pero tú eso no lo has escrito...

—¿Y eso para qué?

—Pues para que vea que estoy avergonzado y que comprendo hasta qué punto soy culpable ante ella. ¡Para eso! ¡Escribiste como una máquina, sin pensar! ¡Suelta alguna lágrima!

No hubo más remedio que soltar alguna lágrima en la carta, y cumplí con éxito. Konovalov quedó satisfecho y, poniéndome la mano en el hombro, dijo de corazón:

—¡Ahora es gloriosa! ¡Gracias! Se ve que eres un buen muchacho, tú y yo vamos a llevarnos bien.

Yo no lo dudaba y le pedí que me hablara de Kapitolina.

—¿Kapitolina? Es una muchacha, una niña. De Viatski, era hija de un mercader... Pero he aquí que se volvió loca. Cada día más, y se fue a un prostíbulo. ¡Cuando la vi por primera vez no era más que una niña! Dios, pensé, ¿cómo es posible? Y entablé relación con ella. No paraba de llorar. Yo le decía: “¡No pasa nada, ten paciencia! Te sacaré de aquí, aguanta”. Y lo tenía todo preparado, el dinero y todo... Y de pronto empecé a beber y aparecí en Astrakán. Después vine a parar aquí. Alguien le informaría sobre mí y ella me escribió una carta.

—¿Y tú qué —pregunté—, quieres casarte con ella?

—¡Cómo voy a casarme yo, si tengo dipsomanía! ¿Qué clase de novio sería? No, nada de eso. La libero y después que se vaya adónde quiera. Encontrará un empleo y podrá volver a ser una persona.

—Ella quiere vivir contigo...

—En realidad sólo tiene el capricho. Son todas iguales... tías... Las conozco muy bien. Tuve muchas diferentes. Hasta una mercadera... Yo era mozo de cuadra en el circo y ella se fijó en mí. “Vente, dice, de cochero”. Por aquel entonces estaba harto del circo y acepté. Fui. Y vaya... Empezó a hacerme mimos. Tenían una gran casa, caballos, criados, vivían como nobles. Su marido era bajo y gordo, del tipo de nuestro patrón, y ella era

delgada, flexible como una gata, ardiente. En cuanto te abrazaba, te besaba en los labios y era como si te hubiera echado brasas de carbón en el corazón. De manera que todo tú empezabas a temblar e incluso te llegaba a dar miedo. Besaba y se deshacía en lágrimas, hasta los hombros se bamboleaban. Le pregunto: “¿Qué te pasa, Verunka?”. Y ella: “Niño, dice, tú, Sasha, no entiendes nada”. Era buena... Y tenía razón en que yo no entendía nada de aquello, yo era bastante corto, ya lo sabía. No entiendo lo que hago. ¡No pienso cómo vivo!

Y, guardando silencio, me miró expresivo con los ojos muy abiertos; en ellos brillaba algo que podría ser espanto o duda, algo inquietante que hacía que su bello rostro fuera aún más triste y hermoso...

—Y bien, ¿cómo acabaste con la mercadera? —pregunté.

—De mí, ya ves, se apoderó la melancolía. Tal melancolía, te digo, amigo mío, que desde entonces no puedo vivir, es completamente imposible. Es como si fuera el único ser sobre la tierra, y excepto yo, no hubiera nada vivo en ninguna parte. Y todo en aquel tiempo me contrariaba, y yo mismo me asqueaba, y toda la gente. ¡Aunque se mueran, no diré ni ay! Esto que tengo debe de ser una enfermedad. Por ella empecé a beber... Así es que le dije: “¡Vera Mijáilovna! ¡Déjeme ir, no puedo más!”. “¿Es que, dice, estás harto de mí?”. Y se ríe, ¿sabes?, sí, de aquello tan malo se ríe. “No, digo, no me has har-

tado, soy yo, es superior a mis fuerzas”. Al principio no me comprendía, incluso se puso a gritar, a blasfemar... Después lo comprendió. Incluyó la cabeza y dijo: “Qué le vamos a hacer, ¡vete!”. Se puso a llorar. Tenía los ojos negros. Los cabellos también negros y rizados. No era de familia de comerciantes sino de empleados... Sí... Entonces, me dio pena de ella y asco de mí mismo. Ella, por supuesto, se aburría con aquel marido. Era absolutamente igual que un saco de harina... Lloró durante mucho tiempo, se había acostumbrado a mí... Yo la mimaba mucho: solía cogerla en brazos y mecerla. Ella dormía, y yo me sentaba a su lado y la contemplaba. Dormida, cualquier persona parece muy buena, sencilla, respira y se sonríe, y nada más. Y cuando vivíamos en la dacha, solíamos ir a pasear, me quería con toda el alma. Llegábamos a cualquier sitio, a un rincón del bosque, atábamos el caballo, y nos sentábamos en el frescor de la hierba. Me ordenaba que me tumbara, ponía mi cabeza sobre sus rodillas y me leía un libro. Yo escuchaba, escuchaba, y me dormía. Buenas historias leía, muy buenas. Nunca olvidaré una, sobre el mudo Gerasim y su perro<sup>2</sup>. Él, el mudo aquel, era un hombre abacorado, a quien nadie, excepto el perro, quería. Se burlaban de él, e inmediatamente él se iba con el perro... Es una historia que da mucha pena. El asunto tuvo lugar en la épo-

---

<sup>2</sup> *Mumu*, de Iván Turguénev.

ca de la servidumbre... La señora le dice: “Sordo, ve a ahogar a tu perro, que no para de aullar”. Y el sordo se fue... Cogió una barca, metió en ella al perro, y se fue... Yo, en este punto, solía ponerme a temblar de pies a cabeza. ¡Dios! ¡Matan la única alegría que tiene un ser vivo! ¿Qué clase de orden es esa? ¡Una historia sorprendente! ¡Y justo eso es lo bueno! Hay gente para la que todo el universo se reduce a una cosa, por ejemplo, un perro. ¿Y por qué un perro? Porque no había nadie más que quisiera a semejante individuo, y el perro le quería. Sin amor, del tipo que sea, el hombre no puede vivir: para eso le fue dada el alma, para que pudiera amar... Muchas historias me leyó. Era una buena mujer, todavía me da pena de ella... Si no lo hubiera dispuesto así mi destino no la habría dejado, hasta que ella no lo hubiera querido o su marido no averiguara nuestro *affaire*. Era cariñosa, y lo que es más importante, no cariñosa de hacer regalos, cariñosa de corazón. Se besaba conmigo y todo lo demás como mujer que era... se encaprichó... increíble incluso, lo buena persona que era. Solía mirar de frente al alma y hablar como una niñera o una madre. Yo, en tales momentos, me sentía como un quinceañero ante ella. Y sin embargo la dejé. ¡Maldita melancolía! Tira de mí hacia no sé dónde... “Adiós, digo, Vera Mijáilovna, perdóname”. “Adiós, dice, Sasha”. Y, extraña, me desnudó el brazo hasta el codo ¡y cómo se agarró con los dientes a la carne! ¡No grité de milagro! Casi

me arranca un trozo, tres semanas me dolió el brazo. Y me quedó la marca.

Habiendo desnudado el musculoso brazo, blanco y hermoso, me la enseñó, riéndose con una sonrisa entre bondadosa y triste. En la piel del brazo, cerca de la dobléz del codo era claramente visible la cicatriz: dos semicírculos casi unidos en los extremos. Konovalov la miró y, sonriéndose, movió la cabeza.

—¡Mujer extravagante! Me dio este mordisco para dejar un recuerdo.

Yo ya había oído antes historias por el estilo. Prácticamente todos los vagabundos tienen en su pasado una “mercadera” o una “señora de la nobleza” y, en todos los casos, esa mercadera o señora de la nobleza de las innumerables variantes del relato representa una figura absolutamente fantástica, que reúne de manera extraordinaria en sí misma los rasgos más contradictorios físicos y psíquicos. Si hoy es de ojos azules, mala y alegre, cabe esperar que dentro de una semana oiga describirla como de ojos negros, buena y llorosa. Y generalmente el vagabundo habla de ella en un tono escéptico, con numerosos detalles que la humillan.

Pero la historia contada por Konovalov tenía ecos de verdad, en ella había rasgos desconocidos para mí: la lectura de libros, el epíteto “niño” para referirse a la robusta figura de Konovalov...

Me imaginé una mujer ágil, que duerme en sus brazos, pegando la cabeza a su ancho pecho, lo cual era her-

moso y me convenció aún más de la veracidad de su relato. Y finalmente, su tono triste y suave sobre los recuerdos de la “mercadera”, era un tono excepcional. Un verdadero vagabundo no habla en ese tono ni de las mujeres, ni de ninguna otra cosa, le gusta mostrar que no hay sobre la tierra nada que él no se atreva a injuriar.

—¿Por qué no dices nada, piensas que he mentido? —preguntó Konovalov, y en su voz sonaba la congoja. Estaba sentado sobre los sacos de harina, sujetando en una mano un vaso de té, y acariciando con la otra lentamente la barba. Sus ojos azules me miraban escrutadores y perplejos, las arrugas de la frente se veían con claridad...

—Pues, cree... ¿Para qué voy a mentir? Pongamos que nosotros, los vagabundos, seamos maestros contando historias... No puede ser de otro modo, amigo: si en la vida de un hombre no hubo nada bueno, no hace daño a nadie por inventarse para sí mismo una historia y contarla como si fuera su pasado. La cuenta y él mismo la cree, la cree como si hubiera pasado, y bien, le resulta agradable. Muchos viven eso. No hay nada que hacer... Pero yo te he contado la verdad, sucedió tal cual. ¿Acaso hay en ello algo de especial? La mujer vive y se aburre. Bien, yo soy cochero, pero a la mujer eso le da igual, porque el cochero, el *barín*<sup>3</sup>, el oficial son todos hombres... Y todos son para ella cerdos, todos buscan lo mismo, y todos tra-

---

<sup>3</sup> Tratamiento que se daba a los nobles, terratenientes y altos funcionarios en la Rusia zarista.



tan de coger lo máximo pagando lo mínimo. Una persona simple tiene más conciencia. Y yo soy muy simple... Las mujeres eso lo comprenden enseguida, ven que no las engaño, que no me río de ellas. La mujer pecará y no tendrá nada que temer, como que se rían o burles de ella. Ellas son más modestas en comparación con nosotros. Nosotros cogemos lo nuestro y vamos a contarlo aunque sea al mercado, nos jactamos de cómo hemos hecho caer a una tonta. Pero las mujeres no tienen adónde ir, su pecado nadie lo considera atrevimiento. Ellas, hermano, hasta las más perdidas, tienen más vergüenza que nosotros.

Yo le escuchaba y pensaba: “¿Es posible que este hombre sea fiel a sí mismo pronunciando discursos tan poco apropiados para él?”.

Y él, posando pensativamente sus infantiles ojos claros sobre mí, más me asombraba con su relato.

La leña del horno ardía y el montón brillante de brasas proyectaba sobre la pared de la panadería una mancha rosácea...

Por la ventana miraba un trozo de cielo azul con dos estrellas. Una, grande, brillaba como una esmeralda; la otra, no lejos de la primera, apenas se veía.

Al cabo de una semana, Konovalov y yo ya éramos amigos.

—¡Eres un muchacho sencillito! ¡Eso está bien! —me decía con una amplia sonrisa y dándome palmadas en el hombro.